

FRANCISCO MORALES LOMAS
Y REMEDIOS SÁNCHEZ GARCÍA (COORDS.)

**LA POESÍA
DE VICENTE ALEIXANDRE**
Cuarenta años después del Nobel

RED INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES LECTORAS

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2017

ÍNDICE

	Pág.
PRESENTACIÓN	13
VIDA DE ALEIXANDRE	
LA OBRA POÉTICA DE VICENTE ALEIXANDRE: UNA VIDA COMPLETA, <i>Alejandro Duque Amusco</i>	17
1. CON VICENTE ALEIXANDRE, EN VELINTONIA.....	18
2. LA OBRA DISPERSA.....	19
3. HACIA LAS OBRAS COMPLETAS: FASE PRIMERA (1982-1987)	20
4. HACIA LAS OBRAS COMPLETAS: FASE SEGUNDA (1990-2001).....	22
5. OBRAS COMPLETAS DE 2001 Y 2002	23
6. BIBLIOGRAFÍA.....	29
NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA DESDE LA AMISTAD, <i>Antonio Colinas</i>	31
POÉTICA	
EL RECUERDO COMO MECANISMO PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL MITO PARADISIÁCO, <i>Antonio Garrido Moraga</i>	39
VICENTE ALEIXANDRE: «DÚO». POESÍA E HISTORIA, COHERENCIA Y UNIDAD DE MUNDO Y DE DICCIÓN DE <i>EN UN VASTO DOMINIO, Jaime Siles</i>	47

	Pág.
VICENTE ALEIXANDRE Y SU VALENCIA OLVIDADA: UNOS TEXTOS RECOBRADOS, <i>Sergio Arlandis</i>	57
BIBLIOGRAFÍA	72
«O TARDE O PRONTO O NUNCA»: EL ÚLTIMO VICENTE ALEIXANDRE, <i>Francisco Javier Díez de Revenga</i>	73
BIBLIOGRAFÍA	80
VICENTE ALEIXANDRE EN LAS REVISTAS DE LOS AÑOS TREINTA (ANTEGUERRA Y GUERRA CIVIL), <i>José María Barrera López</i>	81
ANÁLISIS DE POEMARIOS	
COMPROMISO CON EL HOMBRE Y LA PALABRA. LA LÍRICA DE VICENTE ALEIXANDRE, <i>Francisco Morales Lomas</i>	95
BIBLIOGRAFÍA	108
ANÁLISIS COMPUTACIONAL DE <i>SOMBRA DEL PARAÍSO</i>, <i>Antonio García Velasco</i>	111
1. INTRODUCCIÓN	111
2. VOCABULARIO DE <i>SOMBRA DEL PARAÍSO</i>	112
3. LOS USOS DE «NO»	115
4. EL TÉRMINO «LUZ»	115
5. EL TÉRMINO «AMOR»	118
6. OTROS TÉRMINOS	119
6. CONCLUSIÓN	120
7. BIBLIOGRAFÍA	120
VICENTE ALEIXANDRE: DEL PANTEÍSMO GONGORISTA AL HUMANISMO SOLIDARIO, <i>Manuel Gahete Jurado</i>	123
RITMO, SEMÁNTICA E IDEOLOGÍA DE LA FORMA EN <i>PASIÓN DE LA TIERRA</i> DE VICENTE ALEIXANDRE, <i>José Cabrera Martos</i> ...	133
1. INTRODUCCIÓN	133
2. EL PELIGRO DE LA FORMA	134
3. EL POEMA EN PROSA. CAUSAS PARA UN DESAFÍO	136
4. LA OCULTACIÓN DEL RITMO	138
5. LA SELVA DEL RITMO	140
6. FUENTES RÍTMICAS DEL POEMA EN PROSA ALEIXANDRINO	143

	Pág.
7. UNA CONCLUSIÓN ABIERTA.....	144
8. BIBLIOGRAFÍA.....	145
 CONTEXTO HISTÓRICO, RELACIÓN Y PROYECCIÓN EN OTROS AUTORES 	
UN EPISODIO DE LA INFANCIA DE VICENTE ALEIXANDRE EN PEGALAJAR (JAÉN), <i>Genara Pulido Tirado</i>.....	149
VICENTE ALEIXANDRE: DE LA POESÍA Y EL MAGISTERIO A LAS CLAVES PARA EL OLVIDO, <i>Ramón Martínez López</i>.....	155
1. UNA APROXIMACIÓN A LA FIGURA DE VICENTE ALEIXANDRE: POESÍA, PROTECTORADO Y MAGISTERIO.....	155
2. CLAVES PARA EL OLVIDO.....	163
3. BIBLIOGRAFÍA.....	164
VICENTE ALEIXANDRE Y EL REALISMO HISTÓRICO (UN EJEM- PLO DE POLÍTICA ANTOLÓGICA), <i>Miguel Ángel García</i>.....	165
BIBLIOGRAFÍA.....	173
¿COMUNICACIÓN <i>VERSUS</i> CONOCIMIENTO? LA SEGUNDA PRO- MOCIÓN DEL CINCUENTA Y VICENTE ALEIXANDRE, <i>Remedios Sánchez García</i>.....	175
1. INTRODUCCIÓN. VICENTE ALEIXANDRE EN EL CONTEXTO DEL CINCUENTA.....	175
2. ALEIXANDRE EN SUS REFLEXIONES TEÓRICAS SOBRE EL QUE- HACER POÉTICO. ¿LA POESÍA ES COMUNICACIÓN?.....	178
3. UNA POLÉMICA CON PROTAGONISTA INESPERADO. COMUNI- CACIÓN <i>VERSUS</i> CONOCIMIENTO.....	179
4. CONCLUSIONES. LA ETERNA Y FALAZ BATALLA POÉTICA.....	182
5. BIBLIOGRAFÍA.....	184
EL MAGISTERIO DE VICENTE ALEIXANDRE, <i>Julio Neira</i>.....	187
BIBLIOGRAFÍA.....	194
ENTRE LA DESTRUCCIÓN Y EL AMOR VUELAN PÁJAROS: CRIA- TURAS DEL PARAÍSO EN LA POESÍA DE VICENTE ALEIXAN- DRE, <i>Fernando Valverde</i>.....	195
1. SONIDO DE LA GUERRA Y PÁJARO DE PAPEL.....	196
2. EL PÁJARO, CRIATURA DEL PARAÍSO.....	199
3. BIBLIOGRAFÍA.....	206

	Pág.
VICENTE ALEIXANDRE: TRAYECTORIA CREATIVA DEL ÚLTIMO POETA ESPAÑOL PREMIO NOBEL, <i>Raquel Lanseros Sánchez</i>	209
BIBLIOGRAFÍA	216
LA INFLUENCIA DE LA POESÍA COMO «PROFUNDA VERDAD CO- MUNICADA» EN LOS NUEVOS AUTORES DEL SIGLO XXI. DE VICENTE ALEIXANDRE AL GRUPO POESÍA ANTE LA INCERTI- DUMBRE, <i>Nieves García Prados</i>.....	217
BIBLIOGRAFÍA	225

PRESENTACIÓN

Se cumplen cuarenta años desde que en 1977 Vicente Aleixandre recibió el Nobel de Literatura. Desde entonces ningún otro poeta español ha obtenido tal galardón que conmemora toda una época de la literatura española. Con motivo de ese acontecimiento, el jurado del Nobel expresó las razones por las que fue concedido: «Por una creativa escritura poética que ilumina la condición del hombre en el cosmos y en la sociedad actual, al mismo tiempo que representa la gran renovación de las tradiciones de la poesía española entre guerras».

Entendemos que este aniversario es un buen momento para proclamar la necesidad de la relectura de la poesía de Vicente Aleixandre por expertos en su obra desde una perspectiva poliédrica y heterogénea; un poeta que eligió la poesía como compañera de vida y «avasalladora necesidad», en palabras de uno de sus editores, Alejandro Duque Amusco.

Desde que se le concedió tal galardón su obra no ha tenido, sin embargo, la repercusión que podría haber concitado. Ha habido otros escritores que sí han mantenido la influencia durante el siglo xx y, todavía hoy, la siguen conservando: el caso más emblemático es el de Antonio Machado. En cambio, la estética de Vicente Aleixandre, que había sido reclamada especialmente por el grupo culturalista de los Novísimos y por algunos otros escritores posteriores, no influyó con fortaleza en los escritores más jóvenes que aparecieron a lo largo de las últimas décadas del siglo xx y en los albores del xxi.

Tendríamos que preguntarnos ¿cuáles son las razones últimas de esta dinámica? Y de este modo poder comprender el recorrido de la estética lírica durante el siglo xx. Pero yo diría indiciariamente que, como principio fundamental y a salvo de precisarlo con más hondura, una de las razones fundamentales que determinan esa ausencia en los poetas más jóvenes es que la estética que con más precisión se hace depositaria de la voluntad de un buen número de estos escritores es el realismo y, desde luego, Aleixandre no tenía a este como instrumento para su retórica verbal, aunque la variabilidad y evolución poética del escritor sevillano es de tal riqueza que también se haría un hueco en este desde esa presencia surrealista inicial hacia conciertos más comunicativos.

Vicente Aleixandre y Merlo nació en Sevilla el 26 de abril de 1898 y murió en Madrid pasadas las once de la noche del día 13 de diciembre de 1984 a la edad de 86 años, pero se pospuso la hora de la muerte al día 14 para hacerla coincidir con el día de San Juan de la Cruz, un poeta al que estimaba mucho Aleixandre.

Ingresó en la Real Academia Española con cincuenta y dos años, y antes, durante la República, en 1933, había obtenido el Premio Nacional de Literatura con *La destrucción o el amor*, y más tarde en dos ocasiones el Premio de la Crítica, en 1963 con *En un vasto dominio* y en 1969 con *Poemas de la consumación*, para finalmente alcanzar en 1977 el citado Premio Nobel. Acaso como un reconocimiento a toda una generación, la del 27, que simbolizaba en su persona. Decía Aleixandre con motivo de la entrega en Estocolmo:

«Un premio a la tradición literaria en la que el autor de que se trate, en este caso, mi persona, se ha formado. Pues, sin duda, poesía, arte, es siempre y ante todo, tradición, de la que cada autor no representa otra cosa que la de ser, como máximo, un modesto eslabón de tránsito hacia una expresión estética diferente; alguien cuya fundamental misión es, usando otro símil, transmitir una antorcha viva a la generación más joven, que ha de continuar en la ardua tarea [...] La generación del 27 no quiso desdeñar nada de lo mucho que seguía vivo en ese largo pretérito, abierto de pronto ante nuestra mirada como un largo relámpago de ininterrumpida belleza. No fuimos negadores, sino de la mediocridad; nuestra generación tendía a la afirmación y al entusiasmo, no al escepticismo ni a la taciturna reticencia. Nos interesó vivamente todo cuanto tenía valor, sin importarnos donde este se hallase. Y si fuimos revolucionarios, si lo pudimos ser, fue porque antes habíamos amado y absorbido incluso aquellos valores contra los que ahora íbamos a reaccionar. Nos apoyábamos fuertemente en ellos para poder así tomar impulso y lanzarnos hacia adelante en brinco temeroso al asalto de nuestro destino».

Unas palabras que aúnan ese sentimiento comunitario en torno a un grupo con el que Aleixandre, a pesar de las diferencias entre ellos, quiso en esos momentos confraternizar y al que alabó en su síntesis entre la tradición y la revolución estética, un encuentro que desde luego se ofrece de consuno en muchos de ellos desde ese espíritu barroco que se reivindica con Góngora hasta los encuentros con el surrealismo, el cubismo o el dadaísmo.

Con estos importantes trabajos los autores recogidos en este estudio remozan el conocimiento de Aleixandre y tratan de nuevo de traerlo a la actualidad de los anónimos lectores si es que en algún momento dejó de estar presente.

LOS COORDINADORES

VIDA DE ALEIXANDRE

LA OBRA POÉTICA DE VICENTE ALEIXANDRE: UNA VIDA COMPLETA

Alejandro DUQUE AMUSCO

Desde hace años tengo el propósito de reunir en un libro las semblanzas de los poetas, los filólogos y los intelectuales que han tenido sobre mí, en distintos periodos de mi vida, una influencia decisiva. El libro tiene el título todavía provisional de *Los días de Telémaco*, pero son escasos los capítulos que de él llevo escritos y, por tanto, lejos está de su finalización.

En lugar preferente va la semblanza —y esta, sí, ya escrita— de Vicente Aleixandre, persona fundamental en mi vida y en mi formación. Él, con su infinita paciencia, su comprensión y su ejemplo me sirvió de guía en mis primeros pasos como poeta y me hizo comprender lo que significa ser un creador y vivir entregado al arte de la palabra.

Telémaco, como saben, si sale a la búsqueda del padre es para hallarse también, en cierto modo, a sí mismo. La búsqueda del padre persigue el reconocimiento y la autoafirmación. Siempre he tenido el mito de Telémaco como más cierto y, desde luego, como más eficaz y habitual para explicar las transiciones generacionales y la continuidad individual entre escritores de diferentes edades que el otro fuerte mito a menudo esgrimido: el de la muerte edípica del padre. Hay escritores que necesitan ver derramarse la sangre del progenitor en una encrucijada de caminos. Pero son mayoría, creo, los que no necesitan esto y prefieren avanzar, aunque sea de forma tanteante, a partir de un modelo querido y respetado antes que sobre tierra ensangrentada. Esa fue la vía que seguí, junto con otros, desde los días de mi lejana juventud.

Reproduciré a continuación la semblanza que tracé de Aleixandre para *Los días de Telémaco* y que, en su brevedad y fidelidad, explica mejor que de ninguna otra manera lo que supuso para mí su amistad desde el primer instante.

1. CON VICENTE ALEIXANDRE, EN VELINTONIA

Leí pronto, a los diecisiete o dieciocho años, prácticamente toda la obra de Vicente Aleixandre y despertó en mí admiración tan grande como solo a esa edad es posible. Me habían deslumbrado también, poco antes, Juan Ramón Jiménez y Pablo Neruda. Pero a diferencia de Juan Ramón, Aleixandre vivía, y no en lejano país como Neruda, establecido en la costa oceánica de Isla Negra, sino en su conocida casa de Velintonia, en Madrid.

La misma fuerza de su poesía me infundió el valor necesario para decidirme a ir a conocerlo. Y así fue. Llevado de esa ciega credulidad que mueve montañas y salvado algún contratiempo, insignificante obstáculo para mi fe de gigante, me encontré una tarde, previa cita, entrando en el jardincillo de su casa madrileña.

Allí estaba el poeta. Leía echado sobre una tumbona en un recodo fresco y sombreado del jardín. Apartó la lectura y me tendió la mano con simpatía. Sentarme fue resolver un problema de geometría del espacio: debía yo situar mi butaca a media distancia de su tumbona, ni muy cerca de la cabecera ni muy lejos a los pies, para que él pudiera verme sin forzar la posición de su cabeza. Así era Vicente Aleixandre de metódico en todo, como luego tuve oportunidad de ir comprobando. Decía, por ejemplo, llámame por teléfono, pero no antes de las dos ni más tarde de las dos y cuarto.

Era un caso de precisión a la inglesa. Y algo de *gentleman* había, ciertamente, en su exquisita delicadeza de trato y en su porte mismo, alto, distinguido, cabeza despoblada, bigote cuidadosamente dibujado y ojos de un azul chispeante que contrastaban con su tez rosácea.

La conversación pronto discurrió con fluidez. Hablamos, como era esperable, de poesía y poetas, pero también de su vida y de la mía, que por entonces transcurría contrariada por unos estudios que cursaba yo sin vocación en Granada. Él me escuchaba. Enseguida noté su carácter afable, bondadoso, su comprensión para con las preocupaciones de los demás. No parecía hallarme ante un desconocido; cualquiera, oyéndonos, hubiera dicho que era el reencuentro de dos amigos con amistad de muchos años, aunque no hubiéramos hecho más que acabar de conocernos.

En el momento de la despedida me dedicó *Poemas de la consumación*, libro que yo llevaba y en donde ha quedado la fecha de esta primera visita: 3 de julio de 1969. «Escribeme, que yo te contestaré siempre que pueda», dijo. Lo tomé por una mera fórmula de cortesía. Una vez de vuelta a casa, le escribí una carta sin confiar en obtener respuesta. Me equivoqué. Sorprendentemente la respuesta llegó, y diligente. Maravillosa carta a la que sin dilación contesté y a la que siguieron otras muchas del poeta.

Salvo el paréntesis que media entre mi salida de Granada hasta el reajuste de mi nueva vida en Barcelona, un periodo de crisis y mudez, siempre las cartas puntuales, cuando no mis esporádicos viajes a Madrid, fueron fortaleciendo nuestra relación. Mi vida hubiera sido muy distinta sin su amistad. A los die-

cinueve años, cuando me sentí impulsado a conocerlo, admiraba sobre todo al formidable poeta, a un creador de lenguaje y de un mundo original y propio; a su muerte, quince años más tarde, lo que más dolor me causó fue la desaparición del hombre bondadosísimo y generoso, capaz de comprender, de escuchar, de tener siempre la palabra oportuna para quien necesita oírlo.

Perdí a un gran amigo con su muerte. Creo que mi dedicación al estudio de su obra obedece, en parte, a un deseo de seguir conversando con él. Vicente Aleixandre fue uno de esos artistas santos, como Cézanne, de los que tenemos la convicción, al tratarlos, de que no pertenecen a este mundo.

2. LA OBRA DISPERSA

Esta fijación admirativa hacia quien uno reconoce como su guía y maestro, y el deseo de servir de un modo u otro al mayor reconocimiento de su talento creador, es una constante en la actividad artística y, muy en especial, en la historia de la poesía moderna. Recordemos la rendida admiración de Paul Valéry por Stéphane Mallarmé, mantenida hasta el fin de su vida; el exquisito y paciente trabajo editorial de Italo Calvino en la difusión de la obra poética de Cesare Pavese, o el espléndido estudio del poeta nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez sobre la vida y la obra de su genial compatriota Rubén Darío. Son casos admirables, pero que valen por muchos otros. Años y años de entrega apasionada, horas de estudio y reflexión que ensanchan la imagen del maestro y profundizan en el conocimiento de su amada obra, ya difundida o inédita. Y todo ello sin que suponga sacrificio ni heroicidad intelectual alguna para el discípulo que, en su fuero interno, sabe que con aquella desinteresada labor él también sale ganando. Porque todo acaba revirtiendo en su aprendizaje. La cercanía, la observación y el estudio exhaustivo de un modelo es, sin lugar a dudas, una vía que conduce hacia la madurez propia. Hago más las palabras de Stefan Zweig cuando decidió dedicarse durante unos años a la obra del poeta Emile Verhaeren, por quien profesaba gran veneración, al decir que su decisión de consagrar sus fuerzas, todo su tiempo y toda su pasión al servicio de una obra ajena le «daba a sí mismo lo mejor». Y añadía con pleno convencimiento: «Cualquier servicio abnegado ofrece más seguridad al artista novel que la creación propia» (Zweig, 2015: 166-167).

Pues bien, con todas las salvedades que se quieran, mi dedicación al estudio de Aleixandre ha sido igualmente una aventura enriquecedora, de insospechado alcance, que se vio pronto recompensada por el hallazgo de numerosos textos que estaban pidiendo salir a la luz y llegar a las manos del gran público. Había empezado en los años setenta mi incursión en el aleixandrinismo con artículos y ensayos en los que trataba de explicar la concepción de aquel mundo poético, con su grandiosa complejidad. Pero no tardé en comprender, después de una serie de aproximaciones críticas, que lo que hacía falta en los estudios sobre Aleixandre no eran los trabajos interpretativos, que ya habían encontrado en Carlos Bousoño, primero, y, después, en Dario Puccini y José Olivio Jiménez, unos exégetas extraordinarios, sino que lo que se imponía entonces era completar aquel orbe poético fascinante y cerrado, apasionado y misterioso,

descendiendo al detalle y recuperando toda la obra dispersa (también se podría decir *oculta*) que yacía en lo que el propio poeta había llamado «hojas volantes» o «papeles dispersos»¹.

3. HACIA LAS OBRAS COMPLETAS: FASE PRIMERA (1982-1987)

Así comencé el largo buceo por las revistas poéticas de España y algunas de las de Hispanoamérica. Fueron años intensos. Conté al principio con la inestimable ayuda de José Luis Cano e Irma Emiliozzi. También resultó fundamental el libro de Fanny Rubio, *Las revistas poéticas españolas*, que dio pistas y orientación a mi búsqueda desde el primer momento.

Aleixandre conoció el inicio de estas indagaciones y supo por mí de sus primeros frutos: poemas de los que apenas guardaba recuerdo y que él acogía con la sorpresa incrédula y la alegría de un joven poeta. Desde 1982 hasta su muerte a finales de 1984 estuvo al tanto de todos los avances del trabajo y celebraba cada rescate, cada recuperación, como si se tratara de la llegada a una tierra desconocida. Eran poemas suyos, pero que habían quedado sepultados por el tiempo. Sé que llegó a comentar entonces a su hermana: «¡Qué maravilla, voy a publicar un nuevo libro mío y no sabía que tal libro existiera!».

Luego, ya sin él, desde 1985 hasta 1987, el rastreo por revistas y publicaciones periódicas, libros de homenaje y antologías siguió su curso con las dificultades inherentes a una labor de búsqueda como esta. Yo me sentía por aquellos años como el protagonista de *Los papeles de Aspern*, persiguiendo a una sombra y dialogando con un ser desaparecido. Sin embargo, persistí, no me desalenté. Como hubiera dicho Borges, «fatigué bibliotecas» —hemerotecas, en su mayoría— públicas o privadas. Y a donde no pude llegar, llegaron mis cartas. Peticiones que a veces obtenían su ansiada recompensa para el coleccionista involuntario en que me había convertido y otras, por desgracia, el silencio o la negativa. Era una época en que aún no existían los ordenadores portátiles ni la conexión a internet, que tanto allana las dificultades. Todo tenía que ser hecho a base de método, de fichas, fotocopias y viajes.

La recompensa a este sistemático trabajo, lo reconozco de buen grado, fue muy satisfactoria. Para concretarla y hacerla visible no encuentro mejor manera que recurrir a los números, y así diré que, en esos cinco o seis años de investigación y rescate de obra dispersa, fueron recuperados ciento diez textos, entre verso y prosa, que, habiendo sido publicados en vida por el poeta, yacían dormidos en páginas desperdigadas por el mundo.

1987 es la fecha en que esta primera fase exhumatoria quedó concluida. Se editó ese año no un libro, como el poeta esperaba, sino dos: *Nuevos poemas varios* y *Prosas recobradas*; el primero con cincuenta y cuatro textos, y el segundo con cincuenta y seis, recuperados para el goce del lector y como necesario complemento de la obra canónica aleixandrina. Me acompañó la

¹ Expresiones casi proféticas del poeta que se encuentran en el texto que abre *Poemas de la consumación* (ALEIXANDRE, 2001: 1017).

fortuna; otros investigadores con un despliegue de trabajo igual no obtienen semejante botín.

A la vista de estas numerosas creaciones uno se pregunta qué es lo que impulsaba al poeta a dejar fuera de su «obra orgánica» tantos textos de extraordinaria calidad. En parte la respuesta la sabemos. Más de una vez él mismo manifestó que solía escribir muchos más poemas de los que finalmente incluía en sus libros. Aplicaba un sistema de selección y criba muy exigente que puso en práctica desde su primer libro, *Ámbito* (1928), del que deja fuera al menos una cuarta parte de poemas, y seguirá manteniéndolo, con ciertas excepciones, hasta sus obras del ciclo final. El caso de *Diálogos del conocimiento* (1974) admira por su radical proceso de criba, llevado a un extremo implacable, ya que para un libro que iba a albergar catorce diálogos escribe más del doble, treinta y dos. Son más los diálogos «descartados» que los incluidos (Aleixandre: 2001, 1525).

El poeta utilizaba la salida a la luz pública de sus poemas, bien en libros colectivos o en revistas poéticas, por las cuales fue constantemente solicitado, como *banco de pruebas* para verificar la recepción de cada texto suyo y de esta manera despejar dudas. Le movía un deseo de clarificación. Bastó que alguien de su confianza le dijera que «Solo dos dimensiones», aparecido en una revista italiana en 1966, le recordaba un poema de la etapa surrealista de Cernuda, para dejarlo fuera de *Poemas de la consumación* (Aleixandre, 2001: 1417 y 1557). La duda no resuelta sobre si debía dar a conocer íntegramente el diálogo titulado «El “húngaro” y el oso» o solo el pasaje inicial le llevó a no incluirlo en la arquitectura definitiva de *Diálogos del conocimiento*, aparte de que reiteraba el mismo asunto de «Quien baila se consume» (Aleixandre, 2001: 1428 y 1559). Con esta radicalidad, con esta exigencia, trabajaba Aleixandre.

Otros textos de los recogidos en *Nuevos poemas varios* permanecieron fuera de sus libros consagrados no por dudas o por falta de encaje, sino porque el autor, seguro de ellos, prefirió dejarlos en las revistas donde aparecieron como una forma extrema de cortesía hacia ellas, ya que habían tenido la consideración de dar en el primer número un inédito suyo (a veces, incluso abriéndolo). Estos son los que podríamos llamar «regalos ocultos» o «regalos secretos» de Aleixandre, pues las afortunadas revistas ignoraban que esos poemas el poeta no los incorporaría nunca a sus libros en curso. Los hay de todas las épocas. Todas estas revistas citadas a continuación llevan en su número uno el agradecido regalo del poeta: *1616*, *Caballo verde para la poesía*, *El omnibus*, *Poesía española*, *Mito*, *Revista de Letras*, *Poesía 70*, *Sagitario*, *Pliego*... Cuántos admirables poemas quedaron «encriptados» en estos números iniciales. Aleixandre, con su proverbial generosidad, prefirió dejarlos allí dormidos a sabiendas de que en un futuro más o menos lejano saldrían a la superficie y despertarían a una nueva vida: la vida dada por unos nuevos lectores.